

José Aldunate S. J.

Profesor de Teología Moral de la Facultad de Teología de la U. C.

EL SINODO ROMANO II Y EL METODO DE REFLEXION TEOLOGICA

A través de los últimos documentos de su magisterio auténtico, la Iglesia va abriendo un nuevo camino o método de reflexión teológica. Esto se verificó inicialmente en el Vaticano II y se ha ido acentuando posteriormente (1) Nos queremos referir más particularmente a un documento emanado del Sínodo Romano II (oct./nov. 1971) sobre la "Justicia en el Mundo". Pensamos que es de gran interés y actualidad y que no ha tenido la repercusión que merecía en el mundo teológico. Ahora que en Latinoamérica se ha conmemorado el quinquenio transcurrido desde Medellín (1968) y se delibera sobre una nueva reunión de Obispos, es bueno pensar que el documento Romano se coloca en continuidad con el método de análisis teológico que predominó en Medellín.

Nos referiremos, pues, al texto de "Justicia en el Mundo" publicado en "Mensaje" XXI (dic. 1972, n. 215, 735-746), enriquecido con un comentario de Ronaldo Muñoz ss.cc. Las referencias remiten a los números marginales.

En el conjunto del documento se trata, como nos dice el comentarista, "de un intento de reformulación de la fe y de la tarea de la Iglesia, a partir de la experiencia de la situación actual del mundo". Esta línea metodológica está bien explicada en el n. 37:

(1) El decreto "Optatum totius" insiste en que la formación teológica de los presbíteros sea a la vez más bíblica y más pastoral y que todas las disciplinas teológicas se renueven "por un contacto más vivo con el misterio de Cristo y la historia de la salvación" n. 16. Pero es sin duda la Constitución Apostólica "Gaudium et Spes" la que inicia prácticamente ese nuevo estilo de reflexión. Congar afirma al respecto:
"Gaudium et Spes inaugura un método inductivo, descriptivo, investigativo. El mundo, la experiencia existencial de cada uno y la vida del pueblo de Dios son datos teológicos. Una nueva epistemología [surge]... sobre todo respecto al compromiso ético de construir el mundo" (En "Theology's Task after Vatican II", contribución a "Theology of Renewal", Herder and Herder, N. Y. 1968, Tomo I, 47-65). Asimismo, ese nuevo estilo de reflexión se perfila en "Octogesima Adveniens" sobre la enseñanza social y política de la Iglesia; y también en "Evangelica Testificatio" que trata de la renovación de la vida religiosa.

"La situación actual del mundo, vista a la luz de la fe, nos invita a volver al núcleo mismo del mensaje cristiano, creando en nosotros la íntima conciencia de su verdadero sentido y de sus urgentes exigencias".

Vale la pena consignar aquí el lúcido comentario de Ronaldo Muñoz.

"En los párrafos anteriores, los Obispos han ejercido una relectura de las fuentes bíblicas de la fe cristiana, bajo la presión del gran hecho de la injusticia que envuelve el mundo actual. Ahora... insisten nuevamente en el marco metodológico del camino recorrido. No se trata en efecto de "deducir" de un "Evangelio en sí", que estaría "siempre" en la conciencia lúcida de la Iglesia, conclusiones o aplicaciones oportunas para las nuevas circunstancias. Se trata por el contrario de una auténtica búsqueda, de descubrir nada menos que **"el verdadero sentido del mensaje cristiano y de sus urgentes exigencias"**. Búsqueda y descubrimiento que se realizan por un proceso dialéctico, mediante una confrontación e iluminación mutuas de la situación del mundo y del contenido tradicional de la fe. [confrontación e iluminación], que tiene lugar en la experiencia y el compromiso histórico de los cristianos. Porque esta situación y su experiencia son históricas —es decir, nuevas— la conciencia del verdadero sentido del Evangelio ha de crearse hoy en nosotros. Y porque la fe de los cristianos tiene de antemano un contenido, en cuanto se refiere a la gesta histórica ya cumplida en Jesucristo, esa toma de conciencia ha de implicar también una **vuelta** al núcleo mismo del Evangelio originario" (comentario del n. 37).

UN DOBLE MOVIMIENTO DIALECTICO

Aparece claramente en la estructura de todo el documento un doble movimiento dialéctico. En primer lugar, un sumergirse en el mundo, sobre todo en el de los pobres y oprimidos, para sentir su condición y auscultar sus aspiraciones e interrogantes. Después un segundo movimiento lleva a los Padres del Sínodo, desde la experiencia del mundo actual al mensaje de Dios, para hacer una re-lectura de su Palabra. Pero estos dos movimientos no son separables. Se condicionan y en cierta forma se alternan mutuamente. Al final del documento aparece como un tercer movimiento o una síntesis final: una nueva vuelta al mundo aportando una nueva palabra de esperanza.

Los trozos más significativos a este respecto son la Introducción entera (nn. 1-6), dos párrafos explicativos del método (el n. 31 y el n. 37 ya citado), y el capítulo final (nn. 76-79). Ayudará a los lectores tener delante los siguientes extractos. Apreciarán en ellos, desde luego, el movimiento dialéctico entre el mundo y la Palabra.

"Escrutando los "signos de los tiempos" y tratando de descubrir el sentido de la historia en su desenvolvimiento, y compartiendo al mismo tiempo las aspiraciones y los interrogantes de los hombres que quieren edificar un mundo más humano, nos proponemos escuchar la palabra de Dios para convertirnos a la actuación del plan divino sobre la salvación del mundo" (n. 2 de la introducción).

“Ante esta situación del mundo actual, marcado por el gran pecado de la injusticia, somos conscientes de nuestra responsabilidad en ella y también de la impotencia para superarla con nuestras propias fuerzas. Esta situación nos llama a escuchar con corazón humilde y abierto la palabra de Dios, que nos muestra nuevos caminos de actuación en favor de la Justicia en el mundo” (n. 31).

2. ESCUCHANDO AL MUNDO

En su **apertura al mundo**, los Obispos se percatan:

“... de las graves injusticias que envuelven el mundo con una red de dominios, de opresiones y de abusos...” Perciben “al mismo tiempo un movimiento íntimo que impulsa al mundo desde abajo... una conciencia nueva que sacude [a los hombres] y los impulsa a su propia liberación...” (nn. 3 y 4).

Sigue un análisis más detallado de estas injusticias, de la crisis de solidaridad universal y de la conciencia creciente de un derecho al desarrollo.

Estos análisis del mundo actual son sociológicos e históricos ciertamente; pero también son teológicos. Los hacen los Obispos **“a la luz de la fe”** (n. 37). Y efectivamente advertimos que el acercamiento al mundo, que la búsqueda que emprenden están animados y orientados por una actitud de fe. Se trata de una fe en el **Espíritu** “renovador de todas las cosas” (n. 1). Fe en los **“movimientos humanos** que reflejan la esperanza de un mundo mejor y la voluntad de cambiar todo aquello que ya no se puede tolerar” (n.4). Fe en que “la esperanza y el dinamismo que animan profundamente el mundo no son ajenos al dinamismo del Evangelio” (n. 5). Esta fe en la presencia y acción del Espíritu en toda la humanidad y en toda su historia es como la viga maestra del documento y constituye una orientación particularmente fecunda. ¿No se desprende de esto que no hay dos historias, que todo es historia de salvación?

Por esto, la actitud de los Obispos al acercarse al mundo es una actitud humilde de querer escuchar, descubrir y compartir recibiendo (véase n. 2). No se acercan al mundo con respuestas hechas ni interpretaciones preestablecidas. Quieren dejarse enseñar por la historia. Esperan recibir de ella y de la inteligencia del Evangelio que dimanará de ella, una “nueva conversión” (n. 2) y “nuevos caminos de actuación” (n. 31).

¿Cómo juega la fe dentro de esta búsqueda que parte del mundo? ¿Aportará verdades, principios, normas como desde fuera de la historia para iluminarla y orientarla? ¿O actuará más bien como una capacidad para discernir — “los ojos de la fe” (P. Rousselot) en la situación misma del mundo, el llamado de Dios, la negación de la injusticia humana, la presencia en fin y la acción del Espíritu? Tal vez detrás de estos dos interrogantes haya dos posiciones filosóficas, dos planteos de la moral, aún dos teologías. En todo caso, los Obispos enfatizan la segunda alternativa.

Creemos que en el sentir de los Obispos, aun **los no creyentes**, es decir, los que no tienen un conocimiento explícito de la fe cristiana, podrían participar de esta ca-

pacidad de discernimiento. Participarían efectivamente en la medida en que estén realmente comprometidos con la liberación de los oprimidos y animados por un impulso generoso. Precisamente el Sínodo afirma la acción incesante del Espíritu "en todo el mundo" (n. 76). Por esto "la esperanza y el impulso que animan profundamente al mundo no son ajenos al dinamismo del Evangelio" (n. 5). Los esfuerzos de los hombres "para hacer retroceder la injusticia, la violencia y el odio y por el progreso conjunto de todos" son declarados valederos y capaces de adquirir un pleno sentido en la Pascua del Señor" (n. 78). Todo esto implica el interés y la simpatía con que los Obispos se acercan a estos "grupos humanos" (n. 4), conscientes de lo mucho que pueden recibir de ellos (2).

3. LA RELECTURA DE LA PALABRA

De este contacto con el mundo actual, la Iglesia emerge como con una **nueva experiencia**. La resume en el n. 31 reproducido al comienzo de este artículo. Es la experiencia de la injusticia que califica como un "gran pecado", la experiencia de su responsabilidad en esta situación y también la de su impotencia para superarla con sus propias fuerzas. Pero es también la experiencia esperanzadora de la potencia del Espíritu que se agita en la comunidad humana. Todo esto la lleva a una **re-lectura**: "a escuchar con corazón humilde y abierto la palabra de Dios, que nos muestra nuevos caminos" (n. 31). El n. 37 dice que esta "vuelta al núcleo mismo del mensaje cristiano" a partir de "la situación actual del mundo" ha de "crear en nosotros la íntima conciencia de su verdadero sentido y de sus urgentes exigencias". Es decir, hay una hermenéutica del mensaje cristiano que debe partir de la experiencia del mundo actual y de su necesidad de justicia.

La referencia que hace el Sínodo a "una vuelta al núcleo mismo del Mensaje cristiano" y al descubrimiento de su "verdadero sentido" y de "sus urgentes exigencias" parece suponer que el mensaje puede haberse cargado de elementos sobreañadidos, puede haber perdido su sentido, su eficacia y su actualidad. "Verdadero", en lenguaje bíblico implica consistencia y eficacia reales. Supone además que el acercarse al mensaje, desde la experiencia del mundo actual, hará posible este nuevo discernimiento de lo nuclear, lo verdadero, lo actual y pertinente de la Palabra, descartando tal vez lo que otros tiempos y culturas pueden haberle atribuido.

La reflexión teológica que inspira el contacto con el mundo y sus injusticias no solamente lleva a una reelaboración doctrinal sino a una autocrítica de la institución misma eclesial y de su adecuación en vista de su tarea histórica. Los Obispos revisan a continuación la misión de la Iglesia, de la jerarquía, y de los cristianos hoy

(2) Si comparamos este lenguaje con el de *Gaudium et Spes* donde se habla de las relaciones y la ayuda mutua entre la Iglesia y el mundo, constatamos aquí un notable adelanto en la línea de una mayor confianza en el proceso de transformación que vive el mundo y una mayor disposición a dejarse enseñar por él.

día (nn. 38-40); el testimonio de la misma Iglesia (nn. 41-50) y su acción en la educación y en otras esferas (n. 51-63). Lo que interesa aquí no es la mayor o menor profundidad de esta auto-crítica, ni aún su carácter tal vez muy teorizante o moralizante, sino el hecho de que los Obispos han intentado hacerlo a partir del mundo.

Hemos hablado de un **tercer movimiento**: una nueva mirada al mundo con los ojos de una fe actualizada. El Sinodo parece contemplar este paso en su último capítulo: "Una palabra de esperanza". Vale la pena reproducir dos párrafos:

"La potencia del Espíritu, que resucitó a Cristo de entre los muertos, obra incesantemente en el mundo. El pueblo de Dios está allí presente, a través de los hijos generosos de la Iglesia, en medio de los pobres y de quienes sufren opresión y persecución, viviendo en la propia carne y en el propio corazón la pasión de Cristo y dando testimonio de su resurrección." (n. 76).

"La esperanza del Reino venidero está impaciente por habitar en los espíritus humanos. La transformación radical del mundo en la pascua del Señor da pleno sentido a los esfuerzos de los hombres, y particularmente de los jóvenes, para hacer retroceder la injusticia, la violencia y el odio, y por el progreso conjunto de todos en la justicia, la libertad, la fraternidad y el amor" (n. 78).

Aquí aparece una Iglesia en el corazón del mundo y en medio de los pobres. Su fe en el poder del Espíritu y en la fuerza de la Resurrección se convierte en testimonio vivo en medio "de los que sufren opresión y persecución". La esperanza cristiana es también esperanza para el mundo. El esfuerzo de los hombres por crear un mundo mejor no es vano ni ilusorio y encuentra su pleno sentido en la pascua del Señor. El Evangelio también es un llamado a transformar el mundo (n. 79).

Vemos pues que una fe actualizada aporta una animación, una esperanza, una presencia más cercana del Señor resucitado, una sensibilidad mayor para captar su Espíritu y discernir su impulso. Y todo esto hecho realidad sensible en una Iglesia presente y actuando en el corazón del mundo, solidaria con la causa de los pobres y oprimidos. (Véanse nn. 76-79).

4. EL LUGAR DE LA REFLEXION

Hemos seguido paso a paso la reflexión del Sinodo que se mueve entre el discernimiento de la situación del mundo y el discernimiento del mensaje de la Iglesia y aún del propio ser y acción de la Iglesia. Si nos preguntamos ahora dónde se podrá hacer este doble discernimiento, es claro que debe ser donde se posea el mensaje y donde se está presente al mundo. Este lugar debe ser **la Iglesia**. El Sinodo lo ha comprendido así y todo su esfuerzo es ejercer de su parte esta doble reflexión.

Pero este esfuerzo, a nivel de Sinodo, queda fácilmente en un **plano teórico**. El verdadero conocimiento, tanto el de la fe como el del mundo, nace de una expe-

riencia y supone un compromiso. "Volverse al mundo", así como penetrar "en el núcleo del mensaje" de Cristo no son operaciones meramente intelectuales cual podrían hacerse en una sesión sinodal, sino experiencias vitales. Sólo el que ama, y ama efectivamente, conoce. Para llegar a la verdad plena (la de la fe y la del mundo) hay que convertirse, hay que "hacer la verdad", actuando la voluntad de Dios y transformando el mundo.

Por esto son otros niveles los que deben también comprometerse en esta "elaboración" de la verdad teológica. El sínodo parece haber vislumbrado esto. En todo caso teme la ineficacia de su esfuerzo y que éste se quede en el plano de las "verdades sabidas" si no es implementado por las Iglesias locales:

"El examen de conciencia que hemos hecho todos juntos... quedará ineficaz si no se encarna en la vida de nuestras Iglesias locales en todos los niveles" (n. 74).

La historia del post-Vaticano II (3) y del quinquenio post-Medellín, como también el olvido práctico y teórico del mismo documento "Justicia en el mundo", nos muestran lo fundado de esos temores. El esquema de un Concilio o de una Asamblea de Obispos que descubren "la verdad" o "los principios" y los transmiten a los fieles para su aceptación y ejecución está claramente en crisis. Es toda la Iglesia, a partir de sus elementos más vivientes, la que ha de descubrir la verdad y hacerla.

Por esto el Sínodo Romano no parece poner mayormente sus esperanzas en sus recomendaciones y normas sobre la "práctica de la justicia" ni en que se lleven a la práctica. Sino que pone su esperanza definitiva en "la potencia del Espíritu que obra incesantemente en el mundo" y en una Iglesia de los pobres presente al mundo y participando en sus sufrimientos (4):

"Allí [en medio del mundo] está presente el pueblo de Dios, a través de los hijos generosos de la Iglesia, en medio de los pobres y de quienes sufren opresión y persecución, viviendo en la propia carne y en el propio corazón la pasión de Cristo y dando testimonio de su resurrección" (n. 76).

¿Expresa este párrafo un anhelo, una visión profética o un ideal por alcanzar? ¿Se refiere a la Iglesia en su conjunto o a grupos significativos de cristianos que viven y actúan como tales en medio del pueblo? De todas maneras veríamos aquí un "imperativo" de la Iglesia para la hora actual (5), íntimamente relacionado con el método de reflexión teológica preconizado prácticamente por el Sínodo. Es necesario que en una Iglesia servidora del mundo se constituyan **comunidades** vivas de cris-

(3) Heinrich Fries en "La Iglesia: cinco años después del Concilio", original en Hochland, 68 (1971), 1-14, escribe: "Al tocar este tema se advierte dolorosamente la discrepancia entre lo esperado y el resultado".

(4) En un artículo "A los cinco años de Perfectae Caritatis" (Teología y Vida (1970), 3-4, 167-182 notábamos cómo la parte más valiosa y original del documento no estaba en la exposición teórica y normativa sobre la vida religiosa sino en el imperativo de renovarse y en la indicación práctica del proceso.

(5) Adoptamos el término "imperativo" de la terminología de K. Rahner. Véase su artículo "Principios e imperativos" reproducido en "Lo dinámico en la Iglesia, Herder, Barcelona, 1958.

tianos comprometidos con la justicia, no solamente en vista de una proclamación y "encarnación" del mensaje de liberación de Cristo, sino también en vista de la elaboración misma de este mensaje. Han de ser comunidades bien situadas "en el corazón de las situaciones humanas" sobre todo las de los pobres y oprimidos, y actuando a su favor. Desde este lugar y desde este compromiso, dichas comunidades efectuarán una reflexión teológica, una re-lectura del mensaje de Cristo, una auto-crítica de la Iglesia, de sus funciones e instituciones, empezando por una auto-crítica de sí mismas, de sus actitudes e ideologías. La reflexión teológica ha de pasar por la experiencia del teólogo, o mejor todavía, por la de una comunidad viva de cristianos que piensan su compromiso real y concreto con el mundo y con Dios.

¿No fue ésta la función que desempeñaron durante siglos las órdenes religiosas? Su "huida del mundo" significó más bien una protesta y un apartarse de las estructuras de poder establecidas, tanto civiles como eclesiásticas, para encarnarse en la masa del pueblo pobre. Revitalizados con este contacto, surgieron en todas estas órdenes religiosas pensadores y teólogos, ante todo hombres de espíritu, que ejercieron una función crítica en la Iglesia y elaboraron espiritualidades de las que se alimentaron los fieles siglos enteros. Hoy día la Iglesia requiere vivamente quienes puedan aportarle, desde la proximidad de vida con el pobre y oprimido, desde la esperanza de un mundo que se está gestando, la reflexión viva, la denuncia crítica y sobre todo la espiritualidad nueva y comprometida de que ha de vivir nuestra época.

Esta es pues la tarea que queda por hacer. Creemos que los mismos centros de investigación y enseñanza teológicas no están en situación de hacerla si, al menos, no se vinculan con comunidades de reflexión ubicadas al otro lado de la frontera que separa lo eclesial sociológico y el mundo.

5. CONCLUSION

Nos parece que el mérito principal del documento que comentamos, más que en su contenido doctrinal, estaría en lo siguiente:

- a— en su intención: poner justicia en el mundo
- b— en su intuición fundamental: el Espíritu obrando poderosamente en toda la historia
- c— En su imperativo profético: que se constituya una Iglesia de los pobres
- d— finalmente y sobre todo en **el método** que enseña, un camino de reflexión basado en una praxis, en vista de una teología que sea eminentemente práctica e histórica.

Haría falta que se constituyesen estas "**comunidades de reflexión**", "en el corazón del mundo", en medio de sus pobres, en donde fuese realmente posible realizar ese proceso de reflexión teológica a que apunta el Sinodo en "Justicia en el Mundo".